



Inició el proceso electoral 2021

* Por Olga Armida Grijalva Otero

Hablemos de democracia para el aprendizaje de la libertad de gran calado

El día 7 del mes en curso dio inicio el proceso electoral 2021 en todo México, renovación de la Cámara de Diputados, legislaturas locales, así como Ayuntamientos y algunas gubernaturas, entre ellas la de Sonora. Como preámbulo de este proceso se iniciaron, como es costumbre cada tres años, las movilizaciones de grupos interesados en ser actores en el proceso electoral con la finalidad de obtener algún cargo de elección popular o sacar raja económica, como vulgarmente se dice.

Ahí tenemos el añejo reclamo de los Yaquis, el reclamo del agua en Chihuahua, la toma de Comisiones de Derechos Humanos -tanto la nacional como algunas locales-, la planta termoeléctrica del Proyecto Integral Morelos, y los que vayan surgiendo al calor de las contiendas. Sabemos que detrás de esos reclamos se esconden intereses económicos y políticos de gran peso que igual se dieron en las elecciones del 2018 y que, pese a ello, fueron superados por el liderazgo del actual Presidente de la República, por el hartazgo popular y por el oportunismo sin escrúpulos que se dio, que también hay que decirlo. Lo ideal sería, en esta elección que se avecina, que el ciudadano, al decidir votar por tal o cual candidato, sea motivado principalmente por la trayectoria del aspirante a ocupar un

puesto de elección popular, más allá de su carisma y la mercadotecnia política. Dejando de lado lo ideal y aterrizando en nuestra realidad, consideramos que lo anterior está todavía lejos de lograrse en nuestro país, aunque no imposible. Para lograrlo en un futuro no muy lejano tendremos que implementar políticas públicas diseñadas con el fin de darle a la educación en México una misión cívica esencial: ¡el empoderamiento de la libertad!

Si bien la declaración de los Derechos Humanos establece que los hombres nacen libres, también es cierto que la libertad de hombres y mujeres se adquiere. Esa es precisamente una de las misiones de la educación, hacer de los educandos hombres y mujeres libres para ejercer una responsabilidad que no surge de manera "natural". En este punto evocamos a Alexis de Tocqueville, político y estadista francés que en su obra "La democracia en América" sentenció "... la necesidad en las democracias de un 'aprendizaje para la libertad'" al que tildó del más arduo de todos los aprendizajes. Por lo anterior podemos explicarnos la pobreza de nuestra democracia, que se refleja en las instituciones, que se refleja en los procesos electorales, que se ha reflejado en los recurrentes fraudes electorales, para que al final del día se exclame que urge una reforma electoral de "gran calado".

¿Será la solución una reforma electoral de gran calado? Si en las tres últimas décadas hemos observado que reformas electorales van y vienen, ¿por qué no mejor hablar de una democracia para el aprendizaje de la libertad de gran calado?

Para el aprendizaje de la libertad se requiere la dedicación para el entrenamiento de ciudadanos responsables y competentes, que los derechos se entiendan intrínsecamente

unidos a las libertades. La libertad de vivir bien y prosperar debe verse como un producto de las obligaciones cívicas desempeñadas con vigor, y la seguridad del sector privado descansando en la robustez del sector público.

Si bien el modelo educativo del periodo posrevolucionario se encausó a las responsabilidades cívicas, para la década de los setenta se había marchitado de tal manera que derechos y responsabilidades se desgajaron unos de otros y la ciudadanía se relegó a la ocasional y aburrida clase de "civismo" de héroes y villanos, sin ubicarlos en el contexto histórico, económico, político y social que les tocó vivir. Hasta llegar al arribo pleno de la educación neoliberal, con formación de sujetos calificados para el mercado, sobreponiéndose a las finalidades explícitas en los programas: el desarrollo humano, la formación del ciudadano y el sujeto ético. De ahí que en estos días podemos explicarnos la toma y vandalismo en las instituciones públicas, obstrucción de carreteras, la manipulación a los ciudadanos, como el caso de la presa en Chihuahua, que dejó una persona muerta, o en Morelos con la planta termoeléctrica del Proyecto Integral. También puede explicarse el aumento galopante de la corrupción que se dio desde el arribo del neoliberalismo, el cual ha quedado de manifiesto con el caso Lozoya, que de comprobarse podremos testimoniar que se sustituyó



el poder del pueblo por el poder del dinero, es decir, no se trata de democracia sino de plutocracia. Si nuestra nación quiere poseer un alma cívica, necesita reconquistar las responsabilidades centrales cívicas en las instituciones educativas públicas y privadas e ir a la búsqueda de la alfabetización cívica. La alfabetización cívica debe ocupar su lugar junto a la ciencia, a la matemática, al español y la alfabetización cultural. Con una pedagogía de la escuela al ciudadano que adapte las necesidades de la plaza pública o la sociedad civil. La enseñanza debe ser guiada de nuevo por su misión democrática, no sólo debe ser apoyada financieramente sino que se le debe volver a dotar de un sentido de pasión cívica, porque una democracia sin ciudadanos es como una concha vacía.

* Correo electrónico:
olgagrijalva@hotmail.com